

**Amb un to de profunda admiració, Pau Piferrer comenta una sèrie de qualitats tècniques esgrimides per Liszt en les diverses peces que integren el programa del seu segon concert a Barcelona. Paral·lelament va descrivint les característiques més rellevants de cada una d'aquestes obres, així com descriu, finalment, l'efecte gairebé catàrtic causat pel pianista.**

**[Diario de Barcelona, 14 d'abril de 1845, pp. 1422-1425]**

"LISZT. SU SEGUNDO CONCIERTO EN EL SALON DE LA SOCIEDAD FILARMONICA. Quien haya puesto los ojos en los más de nuestros artículos anteriores, más de una vez habrá dicho para sí que o somos extraordinariamente descontentadizos, o no recibimos im-presiones grandes y duraderas sino muy difícilmente. Las mis-mas consideraciones con que hemos intentado motivar en aquellos casos nuestro descontento o nuestra indiferencia prueban que la causa de uno y otra reside en los mismos adelantos del arte, hoy día al parecer agotados por los grandes maestros, probados con el vaivén de las modas, acrisolados en las teorías de los sistemas y en parte muy esclarecidos por la crítica. No es nuestra, pues, la culpa si conservando un recuerdo fiel y constantemente vivo de las obras capitales de los inge-nios más adelantados, no encontramos novedad, verdad ni inte-reses en muchas de las que se estrenan, y juzgándolas estériles en impresiones y en enseñanza no nos apresuramos a oírlas dos veces. Así bien podemos afirmar sin temor de que se haya a estrañeza que desde la primera ejecución del **Stabat Mater** de Rossini nada pudo ahondar en nuestro espíritu, el cual viendo en aquella composición sublime una nueva via abierta al arte, ha mantenido siempre la impresión fuerte y fresca, la ha con-servado como se puede conservar un depósito sagrado y purísimo, y diariamente le ha renovado su tributo de admiración, de goce y respeto.

Ahora el gran pianista, que llena Europa de su nombre, ha venido a secundar esta

impresión con tanto poder, que él será otro de los recuerdos por los cuales nos complace contar las épocas de nuestra vida intelectual. Lo que nos hizo sentir no se ajusta a las proporciones de un análisis ni es sino para oído; y aun a no ser así, nos cabría la desventaja de reproducir casi todo lo que otro dijo del concierto pasado, ya que en todas las piezas Liszt prodiga los recursos de su fantasía y las pruebas de la destreza más admirable. Muy probable es por tanto que nos quedemos cortos en sentir de muchos que con no-sotros le escucharon con asombro siempre creciente.

Al asomar junto al piano aquella cabeza varonil, viva, simpática y marcada con un tipo particular, es imposible no sentirse predispuesto por cierto impulso atractivo, como tampoco cabe buscar la explicación y la fuente de lo que luego se oye sino fijando la vista en aquellas facciones enérgicas, en aquella frente que está diciendo vive en la actividad del pensar, y en aquella mirada fija que parece ver revestida de formas palpables la inspiración que la voluntad transmite a sus manos y estas traducen en sonidos. De esta manera él y el piano parecen sino un solo ser: él es el alma del instrumento, y llevando en su voluntad todos los más difíciles, raros e inesperados recursos de éste, le arranca con seguridad la más completa cuantos efectos su imaginación concibe, con la misma facilidad y rapidez con que el habla pueda corresponder a nuestros juicios. No es dable concebir como sus manos se prestan a esta voluntad, y excede a toda fuerza humana aquel sostenerse constantemente y a su antojo en el mismo vigor y en una misma dificultad, sin dar señales las más leves ni de igualdad ni de fatiga. Ya remendando los mugidos del viento comienza un trémulo hondo en las notas más graves, que semeja un redoble o mejor un solo sonido continuado sin ningún intervalo de pulsaciones, y lo sube por un crescendo hasta recorrer todo el teclado también con un solo sonido sin tránsito perceptible de la una a la otra nota, rematando fuerte a manera de silbido agudo y recomenzando o descendiendo cual ráfagas sucesivas, o describiendo, si así puede decirse, largas ondulaciones. Ya convirtiendo sus manos en

martillos fuerza al instrumento a producir acordes vibrantes y enérgicos y tan rápidos como seguros. Mientras su izquierda aún, por sí sola cantábiles y acompañamientos, la diestra sube y baja por toda la extensión del piano en arpegio veloz como el pensamiento, que se prolonga cuanto él desea siempre igual, siempre brillante y estrechamente ligado. El trinar con cualesquiera de-dos por tanto tiempo como no se puede concebir; el picar sobre una misma nota con tal fuerza y rapidez y gradación que parece esté desenvolviendo un largo y brillante hilo; el combinar los movimientos más encontrados; los saltos más atrevidos y sólo a él posibles; las escalas de terceras, de sextas, las octavas con décimas y acordes de cuatro sonidos resbalados, todo cuanto más difícil y menos aseguibe y más extraordinario ofrece el piano, Liszt lo ejecuta con una naturalidad, ligereza y facilidad tales, que entonces se cree no componer realmente sino un solo ser con el instrumento. A no mirarlo sobraría razón de suponer que muchas manos ejecutan a un mismo tiempo, o que numerosos resortes de hierro, obedeciendo a una fuerza motriz, dan aquellas combinaciones.

Si esto es lo que primero resalta en el gran pianista no conlleva por sí solo toda la admiración, antes no la causan menor la composición sobria y profunda de sus piezas, y el gusto con que las toca. Su colorido corre parejas con su fuerza y velocidad; la elegancia, la suavidad y la ternura compiten con él con el vigor, la fogosidad y la osadía; es severo y parco a su antojo con la misma facilidad con que es arrebatado y fantástico. No cabe marcar con más acierto la gradación, y pocas veces gozamos como ahora de toda la magia del crescendo. Si se precipita brillante e impetuoso el allegro, si entonces como desatando sus manos múltiples, permítasenos esta voz, amontona combinaciones sobre combinaciones, también se sostiene y conmueve en el adagio, realza todo su movimiento, la llena muy oportunamente de armoniosos arpegios o de bien sostenidos acordes, e interpreta todo su sentimiento con una energía y pasión que hiere el alma.

Por esto, cuando en las **Reminiscencias de Lucia di Lamermoor** pareció haber

agotado todas las muestras de todas estas cualidades; la fantasía sobre motivos de **Norma** acabó de patentizarlas, como ella llevó al colmo el mérito de Liszt como ejecutor, armonista y contrapuntista consumado. Enriqueció el andante de la introducción con combinaciones variadas, cada vez con nuevo y mejor efecto; y la cabaletta sonó con tanto brío, que en verdad no echamos a menos nada del fuerte acompañamiento de la orquesta que ejecutaba con su mano izquierda. Dio al aire **Deh! non voler** todo el dolor, toda la entrañable ternura que Bellini vertió en esta melodía, tal vez la mejor de aquella ópera. Luego, mientras oíamos los acentos amargos y sentidos de Norma en el **Qual cor tradisti**, no faltaba ni el acompañamiento flébil y ligado de los violines ni el fúnebre redoble de los timbales. El motivo del final le dió lugar de ostentar nuevas combinaciones y sostener aquellas largas variaciones con una seguridad, limpieza y fuerza mayores que nunca, arpegiando como nunca con la diestra del uno al otro extremo del piano y cantando con la izquierda sin violentarse ni leve-mente la una para el tránsito de la otra. Y como si estos esfuerzos no bastasen para llenar de admiración y de entusiasmo al concurso, combinó de repente dos cantábiles a la vez, tocando con la una mano la mencionada cabaletta de la introducción y con la otra el final del segundo acto. Pasamos por alto la dificultad que ofrece hermandar el ritmo distinto de entreambos cantábiles y su carácter también distinto de amenaza y guerra en el uno y de dolor en el otro: mas ¿quién comprende cómo la imaginación del pianista concibe dos ideas opuestas y distintas a un mismo tiempo, y que no siendo su voluntad sino una y obedeciendo entreambas manos a esta sola venga a partirse en dos voluntades que ejerzan separadamente su poder sobre cada una de aquellas?

No menos increíble parece que tanto vigor y tanta fogosidad se dobleguen a ceder el lugar a la gracia, a la más exquisita delicadeza, y a la mayor dulzura, prendas que resplandecieron en la tarántula de Rossini, mazurca de Dupin y polaca de **Los Puritanos**. Aquellas mismas manos de hierro que acababan de dar cima al rudo y larguísimo trabajo de la pieza

anterior, se trocaron en manos elásticas y delicadas en la tarántula y en la mazurca; su ligereza y blandura no conoció límites, y la finura con que pulsaban las teclas sólo tenía parangón con la velocidad de sus movimientos. No cabe por cierto mayor sentimiento de gracia y delicadeza que el que manifestó Liszt en la polaca: la sensación era tan risueña y seductora como la idea de Bellini; aquellas frases llenas de embeleso y de una ternura amorosa y quieta salían redondeadas y juguetonas de sus dedos; y si una imagen adecuada a esta pieza dulcísima puede expresar este efecto bien nos atreveremos a decir que de estos brotaban flores.

Cuanto al capricho con que finalizó este concierto, su mismo nombre está diciendo que no anduvo en zaga a los demás en bondad de la ejecución; antes como en él quedó desembarazada la fantasía del gran pianista, pudo saborear a su placer los dos motivos de los **Toros del Puerto** y cabaletta del rondó final de **La Sonnambula**, sobre cuyos temas prodigó los arpegios, las variaciones, las modulaciones, los trinos más largos y más difíciles, los crescendos y los acordes placados que por tan rápidos parecían una misma armonía igual y continuada como de órgano.

En suma, no hay ponderación bastante a dar una idea de lo que es este ilustre instrumentista; y fuerza es oírle y verle para comprender adónde alcanza su genio, y que estas tocatas tuyas que cruzan ante el espíritu como un cuadro radiante de mil colores y rico de escenas que cambian sucediéndose y durando más o menos. Su poder sobre el piano es tal, que cerrando por un momento los ojos y recogiendo y dando libre vuelo a la imaginación, parecele a ésta asistir a una lucha entre dos seres fuertes igualmente, por su fuerza el uno, por su resistencia el otro, en la cual los murmullos de este, los alaridos de sus numerosas bocas, sus gemidos, sus arranques súbitos atestiguan el vigor del Hércules que los combate y que a su placer lo suelta y lo encadena."